

V i a
d e s j
o í. e
r

LUIS FERNANDO MACÍAS

V

V

V

Λ

V
V
Λ

Viajero de sí

Luis Fernando Macías

Primera edición abril 2023

© 2023, Luis Fernando Macías

© 2023, de la presente edición:

Editorial Grámmata

Talante Taller de Impresión

Medellín, Colombia

Curaduría y dirección de arte:

Male Correa

Fotografía:

Sara Morales

Diseño gráfico y diagramación:

Carlos J Roldán  (NOBLANCO)

Impresión:

Taller Talante

Impreso y hecho en Colombia.

ISBN: 978-958-49-9034-1

Todos los derechos reservados.

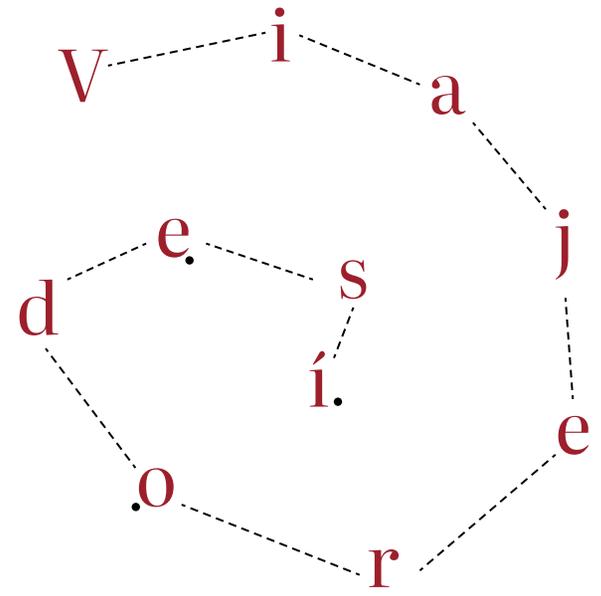
Esta publicación no puede ser reproducida o difundida por cualquier medio sin autorización expresa de los titulares.

Viajero de sí

LUIS FERNANDO MACÍAS

Editorial  Grámmata

 **TALANTE**
Taller de Impresión



A Male Correa

Querida Male, apelo a tu generosidad para que me permitas dedicarte este libro, cuyas líneas aspiran a la fusión de los dos paisajes en el horizonte, aquel al que Fernando González llamó Intimidad.

Más allá de que es un libro conjunto de imágenes y textos, y más allá de que los grabados se deben a tu ejercicio y dirección, hay un algo a lo que podríamos llamar hermandad, en el sentido de la armonía de los espíritus como expresión del puro amor, que también te invoca y que tu existencia nos ilumina...

Prólogo

La vida como un viaje es uno de los más antiguos motivos de la literatura. Ahí están *La odisea* y *La Eneida*, y también las *Upanisad* y el *Tao Té King*, cuyo *leiv motiv* se traduce como «el Sendero».

«Todos los viajes son viajes de regreso», dice León de Greiff. Esta sentencia añade a la vida su otra mitad, la muerte. Es por eso por lo que se interpreta como el retorno al silencio, a la nada o al olvido. Homero lo expresó para todos en la esclarecedora metáfora del regreso de Odiseo a Ítaca y, por antonomasia, Ítaca significa todos los destinos, aun cuando estos se entiendan como fines.

Desde entonces, a nosotros solo nos queda preguntarnos por el viaje nuestro, el que ocurre en el paraíso interior en busca de lo que somos, mientras vamos siendo la manifestación de «eso-que-somos» en los escenarios del mundo.

Este libro, cuya esencia es el tránsito, averigua por el paso de la nada al ser, del desamor al amor —y de este al compromiso—. Su imagen se estampa en la fotografía de los que se aman, cuando se abrazan en mitad de los puentes sobre el río, en el tránsito de una orilla a otra.

Luis Fernando Macías

Julio de 2021

Poemas

- El paisaje interior • 16
- Al oído del arroyo • 20
- Los habitantes del jardín • 24
- Casuchas en lo alto • 28
- El valle virgen • 32
- La sustancia invisible • 36
- Es un llamado el cantar del ruiseñor • 40
- El pueblo sumergido • 44
- Cuerda débil • 48
- El mito de la lluvia en un país de niebla • 52
- El pasajero • 56
- Como las hojas que ahora Ella pisa sobre el pasto • 60
- Celebrantes • 64
- Sirena • 68
- Durmiente • 72
- Hontanar • 76
- Oficio • 80
- Paisaje rosarino • 84
- Una velada en San Miguel Regla • 88
- Una voz interior • 92
- Pugilato • 96
- Visión del laberinto • 100
- Imagen del tránsito • 104
- Visita al museo del Prado • 108
- Leyendas en el camposanto • 112
- En busca del origen • 116
- La gran enseñanza • 120
- La presencia • 124
- Una cita con el misterio • 128
- La niña de yeso • 132
- El abrazo sobre los puentes • 136



El paisaje interior

16 | 17

En la espesura del vergel irrumpe un hontanar,
origen de tres aguas.

De lo desconocido emerge lo que eres:
sed de vivir, imagen del mundo, agua lustral...

Desde la profundidad espesa
viene un hilillo de savia hacia el venero:

La sustancia
en la forma de un verbo
se conjuga,
se vuelve tiempo, combustión efímera.

Y la llama ilumina cada una de las aguas:
la del sentir, la del saber, la de la comprensión...

Por un instante, que eres tú, el misterio adviene,
alcanza una noción de sí,
ofrece la dádiva de un destello en tránsito.



Al oído del arroyo

20 | 21

Como quien va, recoge y vuelve,
ofrezco esta dádiva,
son palabras.

A través del umbral del cuerpo en el que vivo
hacia adentro,
el viaje no consiste en caminar por un sendero en el paisaje,
el paisaje allí carece de formas,
no obedece a la sustancia material.

El camino recorre un inusitado territorio
que desconoce las coordenadas de espacio y tiempo,
espacio ilímite y presente infinito...

aunque estés en el borde de la galaxia
o en un rincón apartado de la historia.

Un sendero conduce hacia el interior,
pero no es objetivo,
solo es la idea de paisaje
constituida por todo lo que eres y serás.

Con el simple acto de cerrar los ojos,
en un instante,
puedes encontrarte en el remoto origen.

Desde allí, desde donde todavía no eres,
se observa una explosión de amor de dos seres
cuya conjunción ocasiona lo que tú has de ser.

Ubicado allí,
una puerta te permite esta contemplación:
del otro lado está la nada; de este, tú.

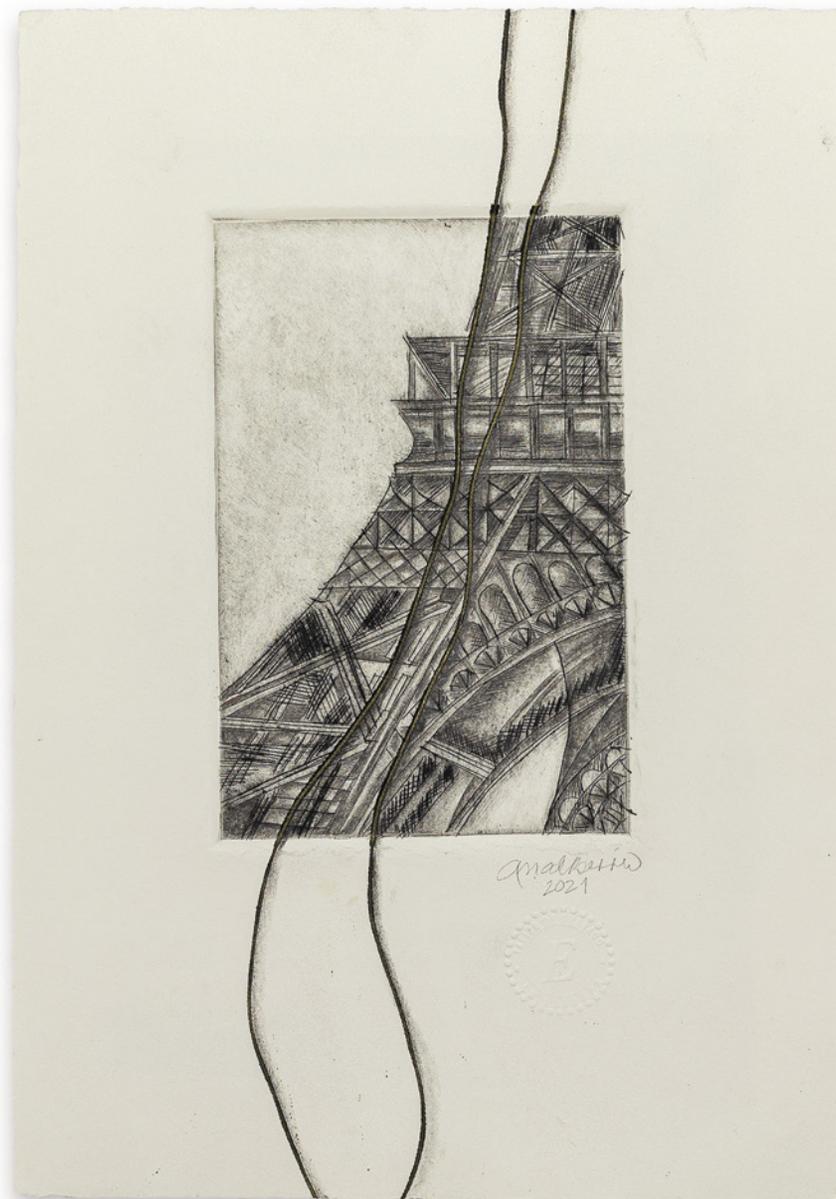
Ese umbral procura el paso de la nada al ser.

En sentido contrario,
se iluminará en tu conciencia la noción de lo que eres y,
22 | 23 como si hubieras subido a la montaña,
hallarás el manantial en donde brota el agua de la comprensión.

El hilillo de savia que surge de ese manantial se ajusta a las palabras
para que ellas expresen lo que es, lo que eres, lo que somos.
No es posible la emanación directa, la visión cruda;
por lo tanto, una metáfora es el vaso que comporta el sentido.
Es por esto por lo que, al decir, también oculta.
Y solo aquel que ha logrado despertar el oído del oído,
puede penetrar en el significado.

El oído del oído está facultado para escuchar el latido del mundo,
un arroyo siempre naciente procura el fluir de lo que somos,
el hilillo de savia que emerge del cuenco de la nada y,
al brotar,
de energía se convierte en cosa.

Es el oído del oído el que escucha lo que el oído oye.



Los habitantes del jardín

9 de septiembre de 2004,
seis y treinta de la tarde, el
tren parte desde Madrid.

24 | 25

Otra, no Ella, recibió la postal
y no supo si Él había llegado o no a París.

¿Cuál era el tamaño de su amor?
¿Sabría Él cuánto la amaba?
Preguntas sin respuesta.

Otra, no Ella, imaginó el tren deslizándose por las llanuras de Ávila,
sus ojos ávidos de encontrar las ciudades feudales.

Él, desde su ventanilla al paso del tren frente a la fortaleza,
figurándose la imagen de la otra, no de Ella, sobre las murallas como
sobre su corazón.

Cuando ese tren cruzó los trigales españoles,
no moraban aún en el jardín,
cuyas espigas eran inclinadas por el viento
en suave vaivén
al paso de los viejos vagones;

pero ya Él estaba marcado en el corazón llameante,
ya ese paisaje había entrado en los ojos de Ella por los de Él.



Casuchas en lo alto

9 de septiembre de 2006, seis y
treinta de la tarde, el metrocable
sube a Santo Domingo.

28 | 29

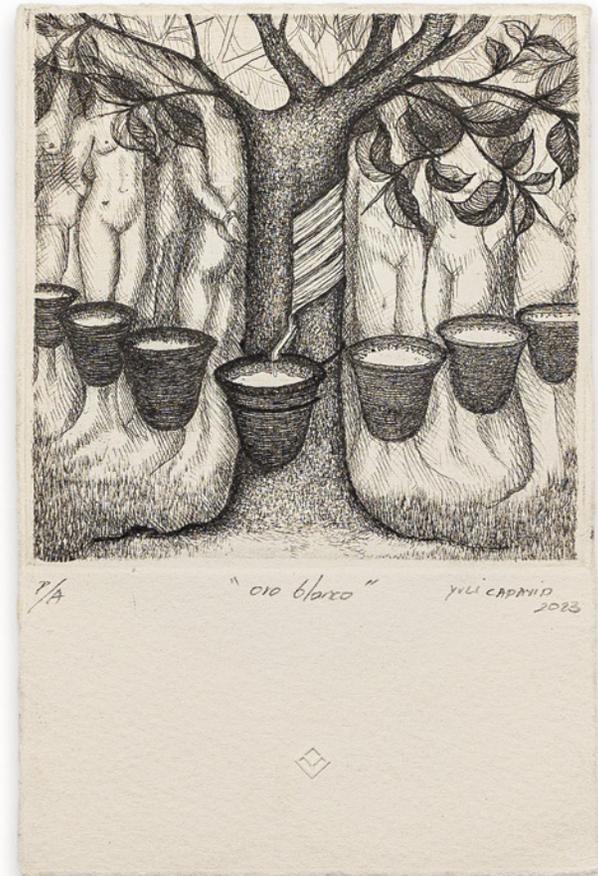
El paisaje sigue el curso del río, bronco y cobre, rodeado de montañas atestadas de casas y edificios de ladrillo en la ciudad roja.

Quizás Él, al contemplar el valle desde la cabina en movimiento, imagina que todas las historias son la historia de la pérdida de al menos un amor.

No hay murallas como en los campos de Ávila, aquí se extienden a los corazones de las gentes marcados con el signo pesos, y son una visión alucinante de la condición humana.

En la escalada del cable, la cabina se mueve sobre las casuchas de madera y lata, levantadas al borde de los precipicios como palomeras para recoger el vuelo de la miseria.

Este paisaje tampoco entrará en los ojos de Ella por los de Él.



El valle virgen

16 de noviembre de 2011, el avión
desciende en Florencia, Caquetá.

32 | 33

Desde la ventanilla puede ver el río Orteguzza, navegado por lanchas rápidas que habrán de internarse en la manigua.

El valle virgen, estampado en distintos tonos de verde.

Copiosa lluvia cae lejos de las montañas, en la tierra que los colonos arrebataron a la selva, donde la casa Arana ya no explotará más a los indígenas, ni extirpará sus vidas en la extracción del caucho.

No en las caucheras, pero sí en el cultivo de la coca, tan pura y blanca como una doncella, y no solo a ellos, sino también a los campesinos y a los aventureros.

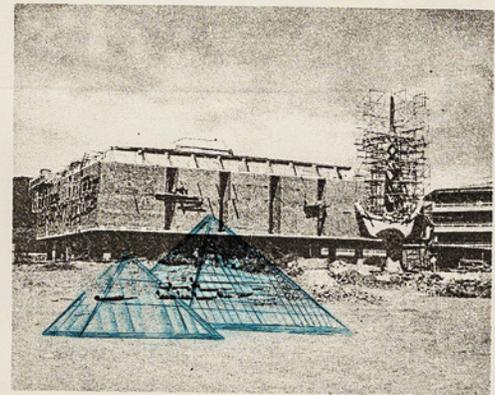
Ella estará en el otro valle, el suyo, el saturado de edificios color ladrillo, entre las cordilleras; el valle de Aburrá, inmenso y estrecho desde Minas hasta el cañón de Barbosa donde el río inyecta su espuma.

Ella habrá subido a la Aurora, cerca de Pajarito, en el metrocable, y desde la cabina habrá visto las casuchas en las que el dolor y la alegría son hermanos en la misma mesa; habrá escuchado el silbido de las balas que desde una montaña buscan la montaña de enfrente para proteger el territorio de nadie, morada de los desesperanzados.

Tal vez haya escuchado la historia del hombre apuñalado en la cabina, cuyo agresor fue tomado preso al llegar a la estación siguiente.

A su regreso, pregúntale en qué momento la tierra se atestó, en qué momento la taza se llenó de hormigas, trepando a lado y lado hacia los bordes,

pregunta cuya respuesta Ella, que también es otra, ignorará.



La sustancia invisible

16 de noviembre de 2011, el Metro
vuela sobre el Jardín Botánico
hacia la Estación Universidad.

36 | 37

Ella imagina que Él abordará a las gentes con amor y les hablará de la única búsqueda que es la de sí mismo.

La universidad en paro es un desierto, pensará y, más tarde, desde su oficina, escribirá un correo en el que habla de su persistente dolor en las rodillas como la aparición afuera, en el cuerpo físico, del antiguo dolor de adentro, en el alma de la niña abandonada.

Y cuando Él reciba ese correo en medio de las gentes, buscará en los rostros ávidos lo que afuera es manifestación de lo que hay adentro, la sustancia invisible que somos y que arde en la llama que vamos siendo.

«Una avenida de dolor se extiende desde ese centro remoto hasta el aquí y el ahora», le dirá a la multitud de rostros que lo observan, pero ellos tampoco entenderán.



Es un llamado el cantar del ruiseñor

5 de septiembre de 2004, diez
de la mañana, el autobús
cruza el círculo polar ártico.

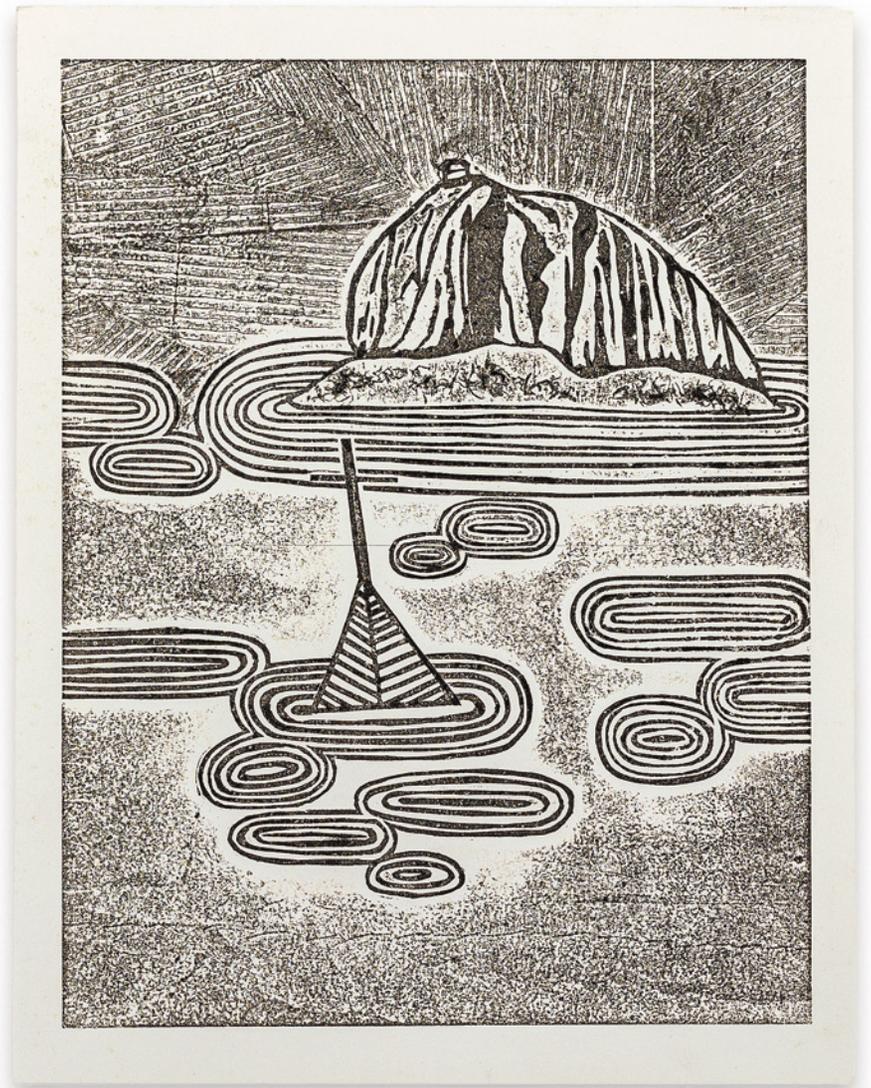
40 | 41

Mientras los jóvenes cantores de la universidad de Umeå corean la historia de Gaspar Von der Natch, el cardumen de salmones rosados remonta el río de hielo hacia su origen y en los bordes de la callada carretera sopla el viento entre los abetos,

ese viento polar tan frío y limpio como el corazón de un niño.

Tal vez Él hubiera imaginado que desde el sembradío de alerces se oyera el llamado del reno a sus críos y un gnomo asustado cruzara de un bosque a otro, advirtiéndolo su futura presencia en el mundo, como si el gnomo, el reno y el salmón definieran la transparencia del jardín en un plano físico todavía prometido.

Como un sueño inesperado, el amor nos llama desde los remotos parajes de la fantasía, desde antes, mucho antes de romper el cerco que en el alma cruza paraísos interiores.



El pueblo sumergido

15 de diciembre de 1986, el autobús
cruza el puente que conduce
del nuevo Peñol a Guatapé.

44 | 45

Ella es todavía una niña abandonada, sepultando en el olvido los acontecimientos que habrán de fustigar el dolor de la mujer que un día llegará a los brazos de Él.

Mientras Él descubre en otros un silicio llamado desamor, la piedra se yergue sobre las montañas, al fondo, contra un cielo azul, como si la naturaleza misma hubiera levantado el más inmenso dolmen ritual en alabanza a un dios innombrado.

A la izquierda, en la represa orlada por el viento frío, emerge la torre de la iglesia del pueblo sumergido y, en la barra que atraviesa el pararrayos de la cúpula, un gavián rasga las carnes emplumadas del pichón de tórtola.



Cuerda débil

30 de septiembre de 2008,
nueve y cuarenta y cinco de la
mañana, el tren bordea el río
Hudson hacia el museo Dia
Beacon en la línea de Albany.

48 | 49

El otoño ha retrasado sus marcas y los árboles no solo conservan sus hojas, sino que estas permanecen verdes.

En Nueva York solo unos pocos arbustos exhiben un tinte ocre o marrón, pero en la margen izquierda del río, del lado de Nueva Jersey, una muralla de hojas rojas parece saludar a los que se asoman por la ventanilla del tren.

El tren partió de la Estación Central hacia el norte hace una media hora.

Desde el vagón, frente a las parsimoniosas aguas, Él piensa que tal vez alguien deba advertirnos que la cuerda del amor se rompe con facilidad.

Esa liana invisible tiene el poder de convocar en el mapa del dolor las regiones más oscuras, los dilatados pantanos que atrapan.

Y aunque, a la hora del almuerzo, mientras destapan una botella de chardonay californiano, un viejo catador y su esposa muestren que esa cuerda débil también puede ser un lazo duro, ya el paisaje del lago azul, rodeado de arbustos en flor, jamás entrará en los ojos de Ella por los de Él.

50 | 51



3/0



μουίχα/23

El mito de la lluvia en un país de niebla

4 de mayo de 1991, once y cincuenta de la noche, el taxi recorre las calles de La Candelaria.

Llueve.

En la estrecha calle doce apenas cabe un solo vehículo.

Arriba se observa la bandera nacional, en el portón de la casa donde el poeta se disparó en el corazón, según la leyenda, hace casi cien años.

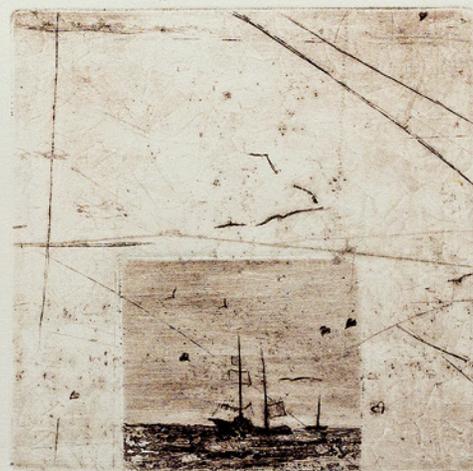
«El mío es ahora la presa del desamor», se dice.

La Candelaria es un laberinto de calles coloniales y diminutas aceras, que dan paso a grandes portones verdes, cafés o azules, en cuyos interiores se guarda la historia de un país aturdido y lúgubre y aún resuena el eco fantasmal de los cascos de los caballos de la independencia, al chocar contra las piedras o los adoquines.

Y pareciera que en la bruma se concentra la humedad de los siglos, un olor de orín rancio y hierro oxidado al que el tiempo todavía no se ha llevado en el cuenco de sus manos.

La lluvia, lo sabrá en su plenitud, hiela también el alma de los que ya no se aman hasta romper el corazón de los que les descienden.

54 | 55



p/a

J. P. P. 2021

FABRIAN

El pasajero

29 de mayo de 2001, ocho
y treinta y cinco de la
noche, el coche se aleja del
mar por la carretera que de
Veracruz conduce a Xalapa.

Desde el golfo sopla un viento paralelo a la corriente, como si esta continuara en el aire y la nave de Odiseo fuera ahora un autobús de cuatro ruedas que trepa la montaña.

Mientras trata de dormir, Él sabe que la mujer ranchera que palpita a su lado no le hablará de nada que no tenga el sabor de la mezcla que producen el nopal y el chile chipotle, pero Él tampoco sabrá responderle que el Efrít de un viejo cuento árabe, genio de la botella, vaticinó que por mucho que el amor llegara también se iría.

El amor es pasajero, como entra sale de tu vida.
Circés, Calipsos, Nausicaas... son islas en la ruta de la nave que retorna.



Como las hojas que ahora Ella pisa sobre el pasto

25 de diciembre de 2011, dos
y treinta de la tarde, la van
de los turistas se detiene
en la Plaza San Martín.

60 | 61

Hijos o nietos de aquellos, acacias y jacarandás no son los mismos, pero la sombra quieta de sus ramas no ha cambiado.

Tampoco ha cambiado la tarde que trae los aromas del río. Y el monumento a San Martín conserva el brillo intacto de la caoba de sus mármoles.

Desde la costanera viene un rumor de carnes al carbón, de gentes que sosiegan el verano.

En estas calles acechó Juan Pablo Castel a María Iribarne, hacia mediados del siglo XX, y en los bancos de esta misma tarde interminable el joven Borges celebró su fervor de Buenos Aires.

Dos maneras de ver esta atmósfera que fue primero un sueño de palabras, pero que era tan real como las hojas que ahora Ella pisa sobre el pasto, mientras se aleja para tomar la foto en la que los cuartos delanteros del caballo apenas aparecerán sobre la cabeza de Él, en lo más alto.

Como la plaza, Ella, que también había sido un sueño etéreo ni siquiera en palabras expresado, es ahora la dulce realidad que todo lo hace vaporoso, intangible casi.



3/3

Mucha
Chuta

Celebrantes

3 de noviembre de 1999, once y treinta de la mañana, el vehículo particular se detiene frente al portón del antiguo hotel Casino de la selva en Cuernavaca.

Recorrieron la plaza colorida hasta encontrar la tienda de licores, pues el ritual exigía la botella de mezcal con gusano en el fondo.

El Popocatepetl había quedado atrás, en la visión del valle náhuatl, desde Amecameca o desde las avenidas del norte; pero no estaba allí, sobre el hotel en ruinas, entre las calles donde todavía pululaban las calaveras sonrientes del día de los muertos y las ofrendas de almibaradas viandas.

No se sentía el palpitar constante del volcán sobre las humanidades, como sí ocurría en la atmósfera ficticia de la novela del poeta inglés.

Ellos querían llegar hasta el mismísimo hotel donde el Cónsul se había bebido el último sorbo de su amor intenso, donde había vivido su enigmática muerte lenta en las llamas del mezcal.

El Cónsul, ese hombre atormentado que Malcolm Lowry describiera en su novela *Bajo el volcán*, cuya tragedia acontece en las casas y calles que rodean el hotel «Casino de la selva».

En la novela, estos ambientes dibujan el aquelarre de espíritus en combate del alma del autor o de quien la lee, pero sobre todo de los seres que emergen en las palabras.

Los tres celebrantes ignoraban que habrían de encontrar las puertas clausuradas y las yerbas del abandono crecidas en los senderos. Las eras que un día dibujaron el jardín del reino de Ivonne, cuando esta era la joya del raro amor.

Un jardín arruinado por la yerba y la maleza es manifestación física del abandono de unas almas.

Ninguno de los tres pensó que encontrarían el hotel en ruinas. Ninguno podía conocer el sentido que se encerraba en aquel ritual, tan ingenuo en apariencia.

La pasión que los había llevado hasta ese lugar era la devastación del Cónsul, y para todos era claro que este había sido la imagen ficticia del tormento interior de Lowry, el poeta que se había quedado seco como un río y había sentido el rumor del ukelele en las brasas del incendio que había llegado a ser su alma.

Desde las rejas que clausuran la avenida de la entrada, pueden recordar el fulgor del Cónsul, mientras brindan por la noche de tormenta, por el misterio de la muerte y por lo que hay de arcano en las pasiones.

Brindan y rien ante el hierro oxidado del portón. Ninguno sabe que en los actos anodinos también fluye la miel del misterio. Nada en sus risas anuncia la tragedia.

No imaginan que solo unos años después, una pasión desquiciada y más absurda que el sabor a trapo del gusano del mezcal, habrá de ahogarlos en la incompreensión.

Un abismo que Lowry también siguió ignorando tras haberlo revelado.

Al escuchar la tragedia de la niña apuñalada por su novio en el interior de un apartamento, Él recordará el momento en que, en el último brindis, rasgaron los despojos henchidos del gusano y entenderá que todo lo que ocurre obedece a un orden cuya explicación no corresponde al talante humano,

66 | 67 pues ante el designio fatal solo cabe la humilde resignación.



Sirena

25 de enero de 2003, ocho y
catorce de la noche, la bicicleta
espera, recostada contra la
baranda, en el andén del Malecón.

68 | 69

Saliendo del túnel, toma la avenida Washington hacia el Malecón, a la altura del Vedado.

Al llegar, recuesta la bicicleta en el andén para bajar al acantilado, donde Él la espera, sentado sobre una roca.

Un viento helado sopla desde el norte, como si entrara al golfo atravesando el estrecho de La Florida y se diera contra la isla, semejante a las olas que se levantan desde el azul profundo con un rugido de animal triste.

Las olas y el viento elevan juntos un canto de aguas y de silbos, en cuyas sílabas una remota sirena implora el amor fugaz del náufrago que Él es o siente que ha llegado a ser.

El dombo del cielo se ve negro desde el acantilado. Es una noche oscura y sin luna en la que solo palpita el brillo de una que otra estrella: Aldebarán, Betelgeuse o la sensual Venus.

Más tarde ella, con el movimiento de su cuerpo, repetirá el lamento de la sirena, pidiéndole al náufrago que desate sus sogas:

«Llévame a un lugar donde el aire que respire no traiga a mi sangre la herrumbre del encierro. Dejaré todo lo que he sido siempre y haré de mí a la que me espera en la otredad. Lo cambio todo tan solo por la esperanza de lo desconocido».

Así, cuando Él la oiga, cuando ella traduzca los silbos del viento en las rocas, Él entenderá que tampoco hay luz más allá y pensará que solo el amor desata; pero no este, sino el verdadero, el que ha estado esperando que la conjunción de los astros reúna el golpe de los dados con los taninos de un vino cultivado en Mendoza.



Durmiente

22 de diciembre de 2011, nueve
y cincuenta de la noche, el
avión desciende hacia el
aeropuerto Mariscal Sucre
en la ciudad de Quito.

Como un diminuto juguete que se desliza en el aire sobre la cabeza enmarañada de una negra, ha de verse el avión desde la cresta de los Andes.

Atrás quedó la selva y, de repente, apareció la magia blanca de los nevados en el horizonte de la ventanilla: un brillo azulado que se yergue en la penumbra de la noche, como si quisiera alcanzar con sus picos las estrellas.

Los dientes blancos de una deidad en la hondura espesa de su boca.

No es que la noche sea negra, brillan las estrellas y una luna ilumina el paisaje, como si una mano azul se hiciera transparente en su lenta y suave caricia al relieve de la tierra.

Ella duerme con la cabeza ladeada sobre la silla, sin advertir el legendario Cotopaxi de un lado, ni la ciudad extendida en la cordillera, del otro.

Un sereno sueño la lleva en el aire de su paisaje interior por regiones inéditas de su alma y todo allí se abre a la percepción del amor sublime.

La niña que sonreía su picardía frente a la cámara fotográfica es ahora una mujer erguida en el amor, y en su cuerpo, allá en la intimidad de sus formas femeninas, también respira un volcán dormido el aliento de una promesa más allá del vuelo del espíritu en reposo.



Hontanar

31 de Julio de 2011, ocho y cuarentainueve de la mañana, el vehículo da vuelta en la pendiente hacia la izquierda, primero, y luego hacia la derecha, para detenerse frente al jardín del borrachero.

Alguien le enseñará que el elemental del borrachero es un duendecillo arrugado con las orejas caídas.

Sale de la planta, sobrevuela el aire de la casa e impregna con su fuerza protectora los resquicios que una mala energía pudiera aprovechar, así se lo explicará.

Mientras las almas de los que allí habitan no le den cabida por ellas mismas, el mal no entrará por la acción de fuerzas extrañas, agregará.

El balcón mira hacia el oriente y el sol, que se cuele entre las ramas del ciprés, llega a tocar con sus rayos las hojas de las plantas en las macetas y a abrillantar los colores de la gamuza de los muebles.

En medio del bosque tupido se yerguen un par de casas de campo, arriba y abajo.

Además de iracas, bambúes y sauces llorones, hay en cada antejardín un borrachero florecido, cuyas campanas rosadas se dejan caer como guirnaldas desde las ramas, con su misterioso polen expuesto en los pistilos y el jugo espeso en la intimidad de sus corolas.

Y así como el elemental de la planta te protege, su producto, el extracto de la hermosa flor, domina tu voluntad o destroza el poder de la razón, hasta dejarte en la región del sinsentido, en un viaje sin retorno.

Él sentirá, sin saberlo, la compañía del duendecillo que sonríe.

Al frente contemplarán la montaña empinada que, más allá del jardín y el bosque, se eleva hasta el páramo, donde el viento helado silba la canción de amor de los tiempos arbitrarios.

El amor es posible, dice el viento:

Mira en tu interior cómo un sentimiento de alegría y de dolor mezclados desciende hasta el pozo de tu alma y allí bebe de tus besos.

Escucha en tu lejano fondo el rumor de esos besos y entenderás cómo de ellos el sentido nace y se vuelve agua de la fuente pura.

Los labios que se juntan no son más que la aparición afuera del aroma de esas aguas.

El milagro es tan solo una partícula cargada de sentido, viajando por los torrentes internos de tu cuerpo.

El verdadero milagro es invisible, solo tú al sentirlo sabes; solo tú al escucharlo en tu hontanar lo reconoces.



Oficio

11 de noviembre de 2012, cuatro y cuarenta de la tarde. El taxi llega al hotel Mosaico en Santa Elena.

La casa de campo conserva el corredor de novios y geranios florecidos. El clima favorece la intensidad de las flores y, por eso, las hortensias relucen como bombas encendidas. Cartuchos, besitos, heliconias, gladiolos, lirios... rodean la chambrana con su vocerío menudo al paso de los huéspedes.

Arriba, en el mezanine, el pequeño balcón mira hacia el valle ondulado como si la casa de muñecas de Hansel y Gretel los albergara a ellos, dispuesta a convertirse en el escenario de la ceremonia del amor comprometido.

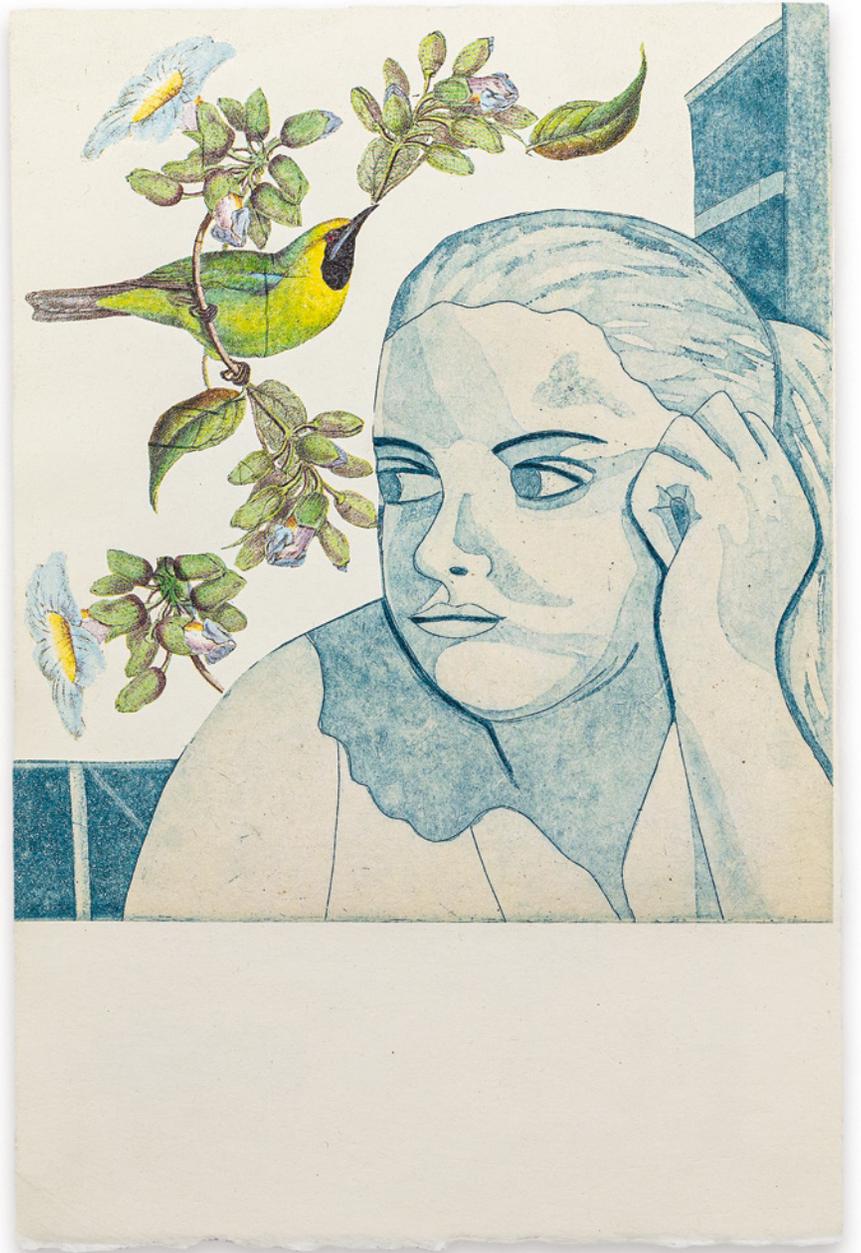
Ni el dolor de cabeza, que ha perseverado por meses, ni el mareo, ni el desvanecimiento de brazos y piernas pueden arrebatarle a Ella ese brillo infantil en la mirada.

Desde el jardín, el vocerío les grita en silencio que es la inocencia del puro amor la que vence en todas las batallas.

Sobre la mesa, el burbujeante chardonay se ha helado con el simple rocío de la atmósfera y se dispone a anunciar la presencia de una deidad festiva.

No hay oficiante, el único invitado es el amor y los dos pechos que palpitan.

Las dos almas que ya habían nacido una y que, de regreso, celebran el pacto de las dos mitades, ante el fuego de la diminuta chimenea, cuyas lenguas musitan la palabra impronunciable.



Paisaje rosarino

28 de diciembre de 2011, diez y cuarenta y ocho de la mañana. El Catamarán cruza el río Paraná hacia el balneario de la isla.

El turista japonés toma fotos a todo aquello que se mueva dentro o fuera de la cabina del barco. Las colegialas expresan alegría en sus acentos al posar unas para las cámaras de las otras.

«La inocente juventud resume lo bello, basta que unos jóvenes salgan de paseo para que emerja el paraíso».

El sol entra por las ventanillas, como si fuera el señor que antecede al viento, y este recorre la nave, jugando con las pañoletas como si todo se tratara de un simple ir y venir de un lado a otro recorriendo la textura de las pieles.

El agua del Paraná, aunque amarilla, es demasiado pura para nuestros tiempos: estas gentes conservan la limpieza de su río.

El japonés pide que se le tome una foto en compañía de su novia peruana; quiere que detrás de su abrazo aparezca el follaje de la isla; pero no podrá verse el diminuto zorzal que más tarde grabará sus huellas en la arena, ni se escuchará el lamento del crespín desde el ceibo lejano.

«Aunque haya un grado innombrable de dolor en la mayor felicidad, el amor lo salva todo.

Lo único que puede contra todo es el amor».



Una velada en San Miguel Regla

3 de junio de 2001, once y treinta
de la noche, el leño arde en
la chimenea de la cabaña.

Se oye el rumor de la caída del agua.

Los gansos se internan en la dirección del centro del lago, plegado en V como una sábana tocada por el viento frío.

Una oscura noche envuelve la antigua hacienda española, en cuyos corredores de largos y altos muros se ahoga el grito de placer y rabia de la india, sometida por el amo mientras su hombre araña en las paredes para que aparezca el destello dorado en las grutas de la mina.

Han pasado cientos de años, pero aquellos acontecimientos se conservan en la atmósfera de los pasillos y las habitaciones de la hacienda: algo que no es el oído físico los oye, algo que no es el ojo ve las escenas fragmentarias y algo también percibe la mezcla de tormento y placer de aquellas almas.

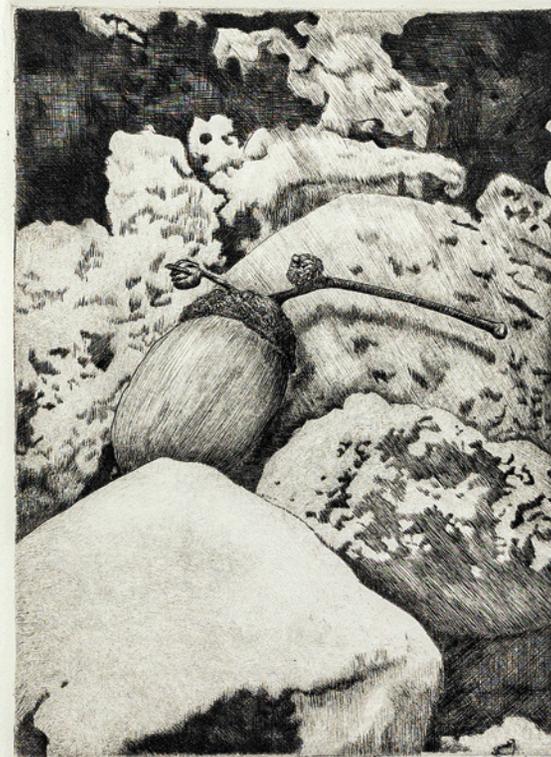
En el interior de la cabaña construida en el campo para albergar a los turistas, la mujer, agotada por el largo viaje desde México, por el vino y el dilatado forcejeo de los cuerpos en el placer, duerme.

Él, en cambio, vela el último leño que hace de la estancia una burbuja cálida y esparce el olor a sándalo que se mezcla con los humores de los cuerpos:

Entonces recuerda el raudo automóvil blanco en la interminable carretera;
recuerda la milpa tierna creciendo entre los nopales y las cañas secas del maíz, a lado y lado;
recuerda la estampa del Popocatepetl en el horizonte;
recuerda la iglesia de Tulancingo de puertas cuyos goznes elevaban un lamento de siglos y de atmósferas vivas que ilustraban los sórdidos ambientes imaginados en la lectura de Rulfo, las mujeres de negro y la mano helada del viento en Luvina;
recuerda a la india de Huasca con el traje blanco bordado en rojo y cobre...

Él sabe que no es el amor lo que reúne a los cuerpos en la cabaña.
Ella duerme exhausta, para despertar después, ávida de su sexo, felina
que araña y maúlla.
Pero no es allí, ni con Él, que ella puede apagar el ansia de matar las
ratas que aparecen en sus sueños desde la lejana infancia, cuando
detrás de las cortinas de la alcoba paterna, el borracho golpeaba y
poseía.

Mirando así su sueño, Él comprende:
«También el odio busca en los cuerpos el bravo placer que nada puede
redimir».



Una voz interior

1 de enero de 2013, Ocho y cuarenta de la mañana. El ferri, llevando consigo el pequeño automóvil, cruzó el río Magdalena por el lado de San Sebastián.

Nos hemos detenido en mitad de la carretera, sobre el polvo rojo que invade los arbustos ribereños.

Aunque el pueblo está cerca, estamos rodeados de selva.

Ceibos y robles extienden sus ramas gigantescas de tramo en tramo, en aquellos lugares en los que la tala aún guarda respeto. Entre unos y otros se suceden los cultivos de yuca o plátano, y el sol pega contra la infinita variedad de verdes.

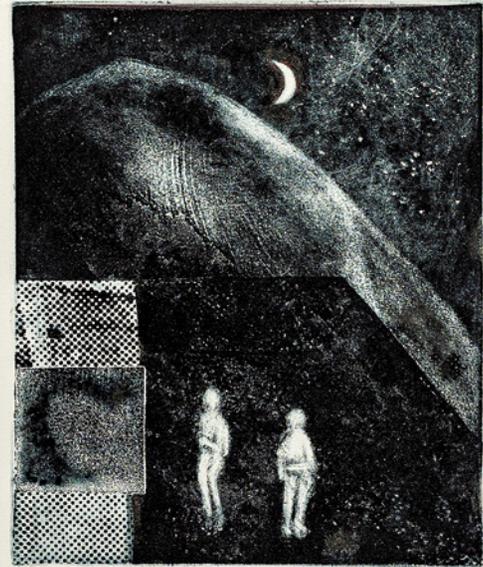
Atrás, del otro lado del Magdalena, se quedaron los fantasmas de los conquistadores inundando el río, en sus embarcaciones conducidas por cuadrillas de negros remeros, en cuyas bodegas los baúles atestados de oro se dirigen interminablemente a los sótanos de las iglesias de Mompo, en tránsito hacia el imperio español.

La explosión de las semillas ha traído unas cuantas bellotas hasta la compañía de las piedras.

Él toma una de ellas y una voz interior le habla:

«No verán mis ojos el frondoso roble que crecerá de esta bellota; pero, aunque su presencia sea un hecho futuro, algo en mí contempla sus ramas mecidas por el viento, algo en mí le habla a su majestad y nos dice a los dos que el tiempo es solo una ilusión:

Los negros; los blancos que se sirven de los negros; nosotros que somos choznos de los blancos y los indios y los negros y el roble que nacerá de esta bellota nos hemos encontrado bajo el mismo sol, como si hubiera fiesta, como si el sol fuera una fiesta».



P/A.

Giuseppe 2021

Pugilato

19 de julio de 2001, Siete y treinta de la noche. El cuarto de hotel en el parque de Altamira divisa el cerro de Ávila, en Caracas. En el lejano cielo, sobre el borde de la montaña, brillan un cacho de luna y una estrella que podría ser Venus.

Aunque la mesa choca una y otra vez contra la pared, hasta perturbar al vecino desconocido del cuarto contiguo, quien responde con un golpe desde el otro lado, suplicando discreción, como si el objeto—tal vez un zapato— pidiera pudor para su soledad; y, aunque se pierde en el abismo de un placer que nunca había conocido a pesar de sus dos matrimonios y de sus tres hijos, adultos ya, la mujer sabe que ese acto no es una realización del amor, ni—mucho menos— del verdadero sentido.

Él no la ama, ni siquiera la desea. Apenas condesciende al pugilato de los cuerpos, al asentimiento ante la urgencia de ella, como si un algo más allá de la voluntad le impusiera esa servidumbre.

Pero ella tampoco lo ama, lo suyo es reclamar una deuda de la vida, tratar en vano de llenar un vacío en su alma, que con este acto crece, crece...



Visión del laberinto

31 de marzo de 2010, Doce y cincuenta de la noche. El tren pernocta en la estación de Aguascalientes, frente al río Urubamba, dispuesto para iniciar el retorno en la mañana.

Desde muy alto, las aguas se precipitan por un lecho empinado de rocas grises y blancas, salpicando las aceras estrechas del pequeño poblado en el pie de las montañas.

El lugar es el fondo de un oscuro cañón en un paraje sagrado de los Andes peruanos.

Las montañas se elevan casi verticales y se hunden en el abismo del cielo.

Repartidos por familias, cinco de los siete hermanos duermen en las diminutas y húmedas habitaciones del hotel.

Mientras una de las mujeres sueña con la madre y, por primera vez, la ve viva desde que murió hace más de quince años, Él trata de cerrar los ojos, como si quisiera descifrar el significado de la visión de un cuadro de senderos rojos y negros en un laberinto blanco que lo persigue desde que llegaron a Lima, hace cuatro o cinco días.

En el sueño de la hermana, la madre se presenta con el dulce rostro enmarcado por el cabello azul de lo blanco y sonríe; acaba de hacer un chiste inocente y señala hacia las escaleras que se pierden en la bruma.

Él, entretanto, sigue despierto y piensa que el Minotauro de su laberinto no es una presencia física, sino un enigma:

«El mismo misterio cobija por igual la alegría del amor que llega y el dolor del amor que se rompe», se dice.



3/6

Barbott/2022

C. M. FABRIANO - 10

Imagen del tránsito

10 de julio de 1960, dos de la tarde y doce minutos. La cabalgadura desciende por la trocha que rodea la colina de la vereda «El Salado», en el municipio de Caldas, Antioquia.

104 | 105

Él es un niño que acaba de cumplir tres años. Alguien anunció en la casa de campo que su padre llegaría de visita. No lo sabe aún, pero este ha de ser el único viaje de vacaciones con él; no comprende todavía que su primer paseo con él es el último de su padre.

Alguien lo lleva de la mano sobre el piso de tierra, donde picotean las gallinas saraviadas.

Adelante, ya en el sendero de la trocha entre los cafetales, van las piernas de los anfitriones que se han adelantado a recibir al visitante; con ellos va la negra labradora de la casa. Él no sabe aún que esa perra es su primer encuentro de amistad en este mundo.

No existe el mundo como tal, existen los mundos. Cada uno, con su historia y el sentido de su ánimo configura el suyo, el pequeño mundo individual, castillo de frases que vuelven al silencio, imagen que se desvanece en el agua rápida de la vida.

Arriba asoma la mula zaina, probando el casco en cada paso para que este sea seguro sobre el fango. Toda la noche llovió y, durante la mañana, una espesa niebla cubrió las colinas de la vereda y las altas montañas. Solo al medio día se desvaneció ese manto blanco para que en las elevadas laderas aparecieran los bosques de siete cueros y pinos que las cubren.

Sobre la mula viene el padre con el tronco echado hacia atrás para guardar el equilibrio, relucen su vientre prominente y su cabeza blanca.

Aunque el sol salió antes del mediodía y las nubes se disiparon luego, dando paso a un cielo azul, tan limpio como la camisa del padre sentado en la cabalgadura, todavía hace frío y el campo es un silencio verde.

Detrás de ese instante, en la memoria del niño solo hay sombra, una vaga idea de voces que se oían por encima, como si en el interior hubiera un camino —recorrido ya— por donde se llega de la nada al ser, de las tinieblas profundas a la noción de la existencia, la imagen del mundo.



Visita al museo del Prado

13 de septiembre de 2004, ocho y treinta de la mañana, el taxi se detiene en la calle Ruiz de Alarcón; a continuación, la pareja de visitantes se dirige al museo del Prado. La mujer quiere contemplar el Majo de la guitarra de Goya, mientras Él solo aspira a mirar de cerca los detalles del Jardín de las delicias del Bosco.

108 | 109

Esta mujer viajó desde Barcelona solo para recibirlo a Él y llevarlo de paseo por los lugares anhelados en Madrid.

Solo son un par de amigos.

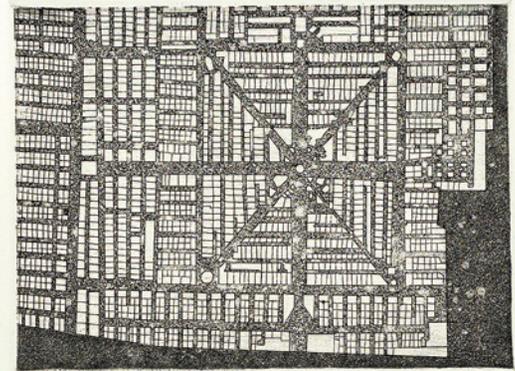
Él viene de Estocolmo, donde buscó infructuosamente a la escritora sueca que adoptó al hijo de la mujer, hace más de veinticinco años.

Al acercarse en medio de la multitud de turistas al tríptico que expresa la imaginación de toda una cultura religiosa en paisajes, seres, objetos y acontecimientos, Él piensa en lo que esta mujer pudiera sentir ante la mirada de *El majo de la guitarra*:

«Si fueran los ojos del duque de Wellington», se dice, «tal vez estaría frente a un espejo de su alma. La expresión del Majo tiene algo de lamento que no va con su historia. En cambio, los ojos del duque, retratado en el momento en que regresa a Madrid, después de la guerra, expresan el cansancio de las causas baladíes, y esa es la expresión que vi ayer en los ojos de ella, cuando me recibió en la estación del tren, a mi llegada de París».

Pero el duque de Wellington no está en el museo del Prado; en su lugar está esta mujer; viene de una batalla más larga: la vida entera. En esa batalla lo ha perdido todo y sus ojos dicen que el amor, acaso la única bendición de los que existen, se ha esfumado de su presencia decenas de veces en el fuego fugaz de los cuerpos.

Esta mujer dulce y generosa, cuya compañía es dádiva aun para el desgraciado, no lleva en sus líneas escrita la buena ventura. Su signo es el cansancio de la guerra absurda: el desamor de los amantes.



5/5

Mucha
Chita

Leyendas en el camposanto

26 de diciembre de 2011, doce y cinco del mediodía. El taxi se detiene frente al cementerio de La Recoleta en Buenos Aires.

112 | 113

El cielo es una pintura azul, el silbo del sol en la piel se ha convertido en un grito y la brisa trae consigo el helado canto de las montañas de la Patagonia, mientras un grupo de turistas escucha la historia de La dama de blanco, que se inicia en la esquina de Vicente López y Azcuénaga con la imagen de una mujer rubia llorando desconsolada y termina con el hallazgo del saco del hombre sobre la tumba de Rufina Cambaceres, cuya leyenda afirma que fue enterrada viva, después de un ataque de catalepsia.

En el grupo alguien prefiere ignorar el relato, pues solo quiere encontrar los mausoleos de los dos Hernández: el de Felisberto, por las atmósferas de sus cuentos y el ritmo de su prosa fantasmagórica, y el de José, porque piensa que las décimas del Martín Fierro expresan el mejor lamento existencial contenido en cadencia verbal alguna: «Es rudo como el campesino criollo, melancólico como el indio americano y vigoroso como el negro», dice.

Los turistas recorren los bulevares del cementerio, embrujados por las voces de los guías, quienes hilvanan leyendas con acontecimientos históricos, como si todo fuera la materia de una invención colectiva, destinada al simple asombro.

«Quiero una fotografía en la tumba del payador gaucho», le susurra Él en el oído a Ella; pero esto tendrá que esperar, porque Ella se ha topado con la expresión desolada del bronce de Liliana Crociati:

En el cruce de dos callejones diagonales, se levanta un curioso mausoleo. Frente a lo que parece el fragmento de un castillo gótico, con sus ventanas ojivales elevándose hacia el cielo, está la estatua de una joven vaporosa y su perro, recubierta por la herrumbre verde de los broncees expuestos al aire. Liliana Crociati tiene el cabello largo sobre los hombros y lleva puesto el vestido de novia, ya que, según el relato, murió durante su viaje de luna de miel en un hotel de Innsbruck que fue golpeado por un alud de nieve, cierta noche de 1970.

Ella se sienta en una esquina del monumento, a la izquierda de la estatua de Liliana Crociati y sonríe para la foto.

Ella no sabe que Él, mientras enfoca con la pequeña cámara, encuentra un misterioso parecido entre los ojos de la mujer (que, a pesar de ser las cuencas vacías de cualquier escultura, se recogen en una expresión de dolor, más allá de la vida, de la muerte y del arte que nos ofrece su presencia) y los ojos de Ella que, en forma natural, caen hacia los extremos, como si ya hubieran comprendido el gran enigma.

La historia dice que el mismo día en que murió Liliana Crociati en Innsbruck, murió su perro en Buenos Aires, a catorce mil kilómetros de distancia; pero Él, mientras pulsa el obturador de la cámara, sabe que el misterio no es la leyenda que tejen los guías del camposanto, sino el significado de los ojos de esas dos mujeres: los de la estatua que llora y los del rostro que sonríe para la foto y que, más allá del mediodía detenido en la ciudad de los muertos, entran en su alma y allí anidan, como si, en la espesura del bosque, una pareja de pájaros, a los que las gentes llaman soledades, encontrara, en un barranco escondido, su casa verdadera.

114 | 115



En busca del origen

5 de septiembre de 2004, diez y cinco de la mañana. El autobús se detiene frente a la valla que anuncia el círculo polar ártico.

116 | 117

A ambos lados de aquel largo silencio de asfalto se extienden los bosques de abetos y alerces, como si todo hubiera permanecido desde siempre bajo la nieve gris y a los bosques los albergara una densa sombra de plata.

Entre los árboles, de pronto, la milagrosa aparición de un reno que mira asombrado la presencia humana, tan extraña para él.

En la orilla izquierda, hacia el fondo, se comprueba la transparencia de las aguas del río y se vive la atmósfera del hielo en su cauce.

Lo que más se oye es el silencio.

Todo en el paisaje parece virgen, menos los pasajeros del autobús que se ha detenido. Algunos toman fotografías desde el pequeño muelle de madera, bajo la valla que anuncia el paso por el círculo polar.

En el vehículo se han quedado los estudiantes rubios de la universidad de Umeå y siguen cantando la versión coral de los poemas de Gaspar von der Natch.

Hace setenta y nueve años, León de Greiff imaginó un paisaje desconocido entre los hielos del norte sueco; lo describió en la nota de pie de página de uno de los relatos de Gaspar y lo anunció como el destino de ese álter ego suyo.

Mientras él se dirigía de Bogotá hacia Bolombolo, el otro yo — Gaspar — se perdía en un lugar desconocido, al norte de la Laponia sueca, que resultó ser Korpilombolo, ubicado arriba de Luleå, en la municipalidad de Pajala.

Los hombres que ahora miran hacia las cámaras fotográficas han venido hasta el lugar que en ese tiempo era solo una fantasía del poeta, un mero juego de la imaginación. Ellos están comprobando que la descripción correspondía a la realidad.

Vistos desde hoy, Gaspar, el imaginado, y León, el verdadero, son el mismo sueño.

El que fuera ilusión es hoy un recuerdo no menos tangible que el hombre que fuera carne y hueso.

León de Greiff imaginó un lugar remoto para que los hombres que en su sueño ni siquiera eran posibilidad futura dieran testimonio de que se trataba de un valle, cruzado por un río transparente en el que, a veces, salta el salmón en busca de su origen.

El río y la carretera parten el bosque y el viento juega a pasar de un lado a otro con un silbo que sacude la nieve de las ramas.

Es evidente entonces que el vocerío de tanto silencio se produce gracias a la algarabía de los gnomos que, en multitud desbordada, vienen a escuchar las voces del coro estudiantil, adolescentes de cara rosada,

118 | 119 con mechones amarillos de pelo ensortijado.



8/8

JUAN GUILLERMO ORDÓÑEZ S.

La gran enseñanza

13 de septiembre de 2014, tres y quince de la tarde, el taxi sube por la pendiente del Poblado, da vuelta a la derecha en el semáforo de la Clínica Medellín, gira después hacia la izquierda y de nuevo a la izquierda, hasta detenerse en la urbanización Arboleda de Castilla. Se bajan tres integrantes del taller literario y son conducidos al salón de reuniones.

120 | 121

Después de varios meses, años tal vez, se ha decidido realizar la presentación de los libros de este hombre viejo y de su amigo, dos médicos que vinieron de la costa cuando eran un par de adolescentes en los años cincuenta e hicieron su vida aquí.

Su amistad lleva un poco más de sesenta años y ahora el tiempo los arroja a este sábado en la tarde en el que, ante un grupo de amigos y familiares, especialmente hijos y nietos, se preparan para la intimidad de un acto, cuya humildad brilla como una estrella remota.

El hombre viejo está muy enfermo. A pesar de que se apoya en un bastón de patas de araña, requiere de la ayuda de alguien para caminar. La rodilla, como señal, infla el pantalón desde adentro.

Los asistentes comprenden que la celebración de los libros es un pretexto para la despedida, cuyo objeto ha de ser la expresión de los votos de amor más allá de la muerte.

El presentador dice que no tiene noticia de un par de amigos que hayan perseverado en la amistad por tanto tiempo.

Ambos sonríen con la ternura de un par de niños de ochenta años que han regresado a la inocencia.

El hombre viejo toma la palabra en el momento final del protocolo: «Sé que estoy al borde de algo», dice. «Voy a bajar despacio» ...

Un cuchillo de silencio corta el aire.

Alguien comprende que este hombre trae la gran enseñanza, la única: «Vida y muerte constituyen la unidad, entenderlo así es el objeto de la existencia, solo después ha de ser posible la armonía».



8/8

JUAN GUILLERMO ORDÓÑEZ S.



La presencia

27 de diciembre de 2015, cinco y cincuenta y cinco de la tarde. El camino de piedras sube desde el muelle del sur, en gradas casi verticales, entre terrazas donde se cultiva haba, papa y maíz, hasta la cima de la montaña, morada de la comunidad Yumani, en la Isla del Sol; luego se extiende hacia el norte ante la visión del lago Titikaka a lado y lado, en un paisaje cuyo horizonte, después de las aguas, es la cordillera de los Andes, de un lado coronada por el brillo de plata de la nieve, y del otro por el lagarto milenario que recorre el continente de sur a norte, hasta desvanecerse en los volcanes de lodo de la costa atlántica colombiana.

124 | 125

Ella desciende desde la cabaña hasta el camino y se detiene a contemplar el cucarachero que, desde una piedra, la mira con recelo. Ambos, Ella y el pájaro, relucen entre las flores de innumerable colorido en un jardín sembrado con tanta pericia que parece silvestre. Al fondo, entre las nubes del horizonte y sobre las montañas, el sol ya decidió emprender la retirada.

En el instante en que el cucarachero huye del asedio, pasa una campesina en cuya falda de abundantes telas se repite el colorido del jardín. A un niño lleva de la mano y a otro en el atado de la espalda.

Ella le toma a la campesina la foto destinada al pájaro y se da vuelta sonriente.

Él ha contemplado la escena desde las gradas que descienden, pero todo se ha ofrecido como una visión incompleta, como si solo le fuera dado percibir el espectro lejano de los acontecimientos, pues su atención verdadera se ocupa de la más remota existencia interior.

El paisaje del lago ha penetrado en los lejanos parajes del alma hasta desnudar los miedos profundos de ese viaje extraño que es la existencia.

En una confusa sucesión de sueños, ideas y recuerdos, se le ha presentado la vida como un sendero autónomo que se va despertando y es, y que en su estela deja un dolor que también se percibe como la alegría de vivir.

Y todo es incierto: lo pasado es como un sueño y lo presente, ese sueño desvaneciéndose: algo que huye, una fuga...

El verdadero camino es una ilusión del alma.

Durante la estancia en la montaña Él se iba adentrando en ciertos momentos de la infancia, marcados por la culpa, el miedo y el dolor...

Tanto el jardín como la campesina y el pájaro se revelaban ahora, después de la visión de ese sueño, como la presencia.

Y Ella, en la leve sonrisa de una satisfacción fugaz, hacía patente el sentido de algo que solo puede nombrarse con la palabra bienaventuranza. Esa sí pronunciable por el silencio de una voz interior que en su humildad se siente agradecida.



Una cita con el misterio

7 de diciembre de 2014, cinco y cincuenta y cinco de la mañana.
El tren que viene de Ortigon se detiene en la estación Künsnacht y solo un hombre se baja.

128 | 129

Un manto, el desamparo, envuelve el frío amanecer.
Él avanza de salida por el callejón.
Todavía reina la sombra y sobre la ciudad dormida cae la lluvia.

«No ha llegado aún el momento en que la oscuridad deja paso a la luz», se dice, «pues esto habrá de ocurrir casi al final de la mañana».

Mientras tanto, camina en dirección al lago en cuya ribera se encuentra la casa que lo ha traído hasta aquí, después de un viaje de miles de kilómetros.

Cuanto desea es contemplar el jardín desde afuera, tener en frente la presencia del Acma Victu, un pequeño ídolo tallado en piedra; observar cierta ranura, huella de un rayo en el roble de aquel jardín, y sentir la compañía de las aguas en la atmósfera que todo lo rodea.

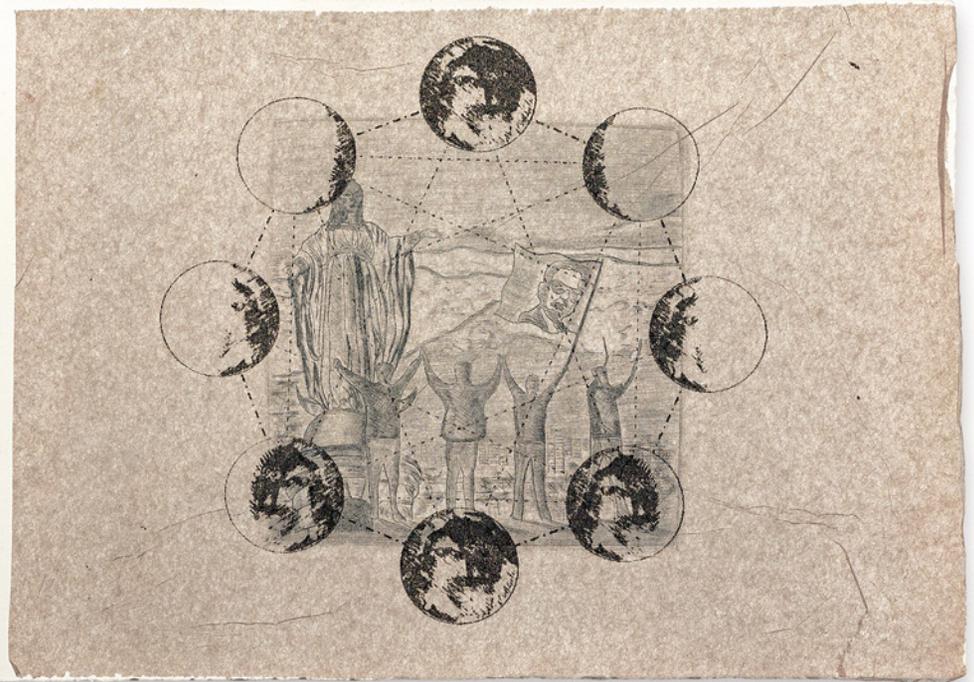
Su mente está ocupada por la imagen del hombre cuyo espíritu lo ha llamado hasta traerlo.

Camina entre las grandes casas, ahora habitadas por el silencio, en tanto se hace consciente de su gran desolación, únicamente interrumpida por los momentos en que le habla a Ella desde una pantalla hasta otra, en una experiencia que semeja el encuentro con las sombras inalcanzables de los seres amados en el Hades.

El frío y la oscuridad se le ofrecen como escenario de una desolación más interior que el paisaje, como si Él hubiera comprendido en ese instante que el Hades es un estado de alma que uno siempre lleva consigo.

Pero no podría esperar algo diferente, lo suyo era una cita con el misterio.

La gran desolación es el precio de entrar en el recinto y, una vez allí, contemplar aquello que a los hombres ciega, mata o enloquece...



La niña de yeso

4 de enero de 2012, diez y treinta y tres de la mañana. El funicular se detiene en la estación elevada del cerro de San Cristóbal en Santiago de Chile. Ellos toman el sendero de piedra que conduce a la imagen colosal de la Inmaculada que domina la ciudad.

132 | 133

A la orilla del camino, una niña de yeso recibe a los turistas. En su mano derecha, doblada hacia el pecho, sostiene un manojo de rosas blancas, rojas y amarillas. En la izquierda, un poco separada del cuerpo, solo lleva una flor.

Se diría que en el burdo modelado de la estatua una imaginaria popular quiere expresar el misterio.

Más allá de lo que pueda ser verdadero (pues ignoramos lo verdadero), detrás de la figura de la niña y de su ramo de flores está la historia de los folios que cuentan el proceso de santificación:

—Para que tú salgas del pecado, le ofrecí a la virgen mi vida — le confesó a su madre en su propio lecho de muerte.

Según el testimonio de las hermanas del internado de María Auxiliadora en Junín de los Andes, una de ellas le sugirió a su compañera desahuciada encomendarse a Laura Vicuña, la niña que a los trece años se había dado a la muerte, impregnando la humilde morada de las salesianas con el espíritu de la beatitud del sacrificio.

Esta sanación se registró como un milagro auténtico.

Desde el mirador del cerro, ellos observan la ciudad, mientras sienten el soplo silencioso de los vientos de la Antártida que traen consigo la memoria del hielo polar.

Con el silbo del aire, a propósito de la cercanía al sur, Él imagina, de polo a polo, el eje de rotación de la tierra, en cuyos extremos dos cargas eléctricas opuestas generan un campo magnético que rechaza o atrae y que defiende a la criatura cuya existencia nos hace uno dentro de ella:

Nuestro tiempo empieza y acaba en ella, nuestras generaciones se suceden y, en ese nacer y morir, ella permanece más allá de nuestras limitaciones.

En el cuerpo del gigante que es el universo, ella, la tierra, es una niña sacrificada que anda girando interminablemente alrededor del sol en la mancha de leche que es nuestra galaxia.

La madre de esa otra niña cruzó las montañas desde Chile hasta Argentina, desde Santiago hasta Junín de los Andes:

134 | 135 La cordillera es como un lagarto erizado, aferrado al continente desde el mar de la Patagonia hasta el Caribe azul de las playas colombianas.

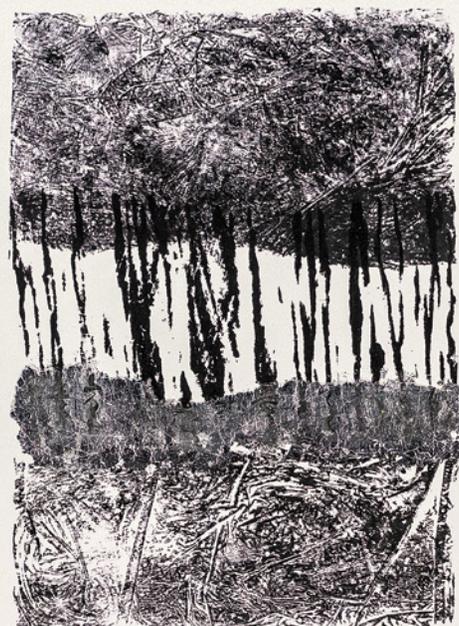
Desde las crestas nevadas descienden las aguas del deshielo en las cuencas hidrográficas que dan vida a las naciones, a la multitud de humanos, animales y plantas que cumplimos nuestros ciclos a orillas de los ríos.

Desde el mirador del cerro, sobre la ciudad blanca, las dos historias se hacen una.

Él imagina a la niña Laura en su lecho de muerte, repitiendo su argumento: «Si mi madre es pecadora, yo no puedo vestir los hábitos para servir a la virgen».

Entonces Él piensa:

«A donde vaya, mi compañía ha de ser la pregunta.
Solo la pregunta,
pues mi conciencia nunca alcanzará las cifras del misterio».



S. M. K. 2022 (27)

El abrazo sobre los puentes

26 de diciembre de 2019, la
pequeña embarcación realiza el
recorrido sobre el Sena. El viento
helado envuelve los rostros de
los turistas que han aprovechado
el momento para salir a la
terrazza de proa y observar desde
allí la silueta de la torre Eiffel
hundiéndose en la niebla.

136 | 137

¿Cómo puedes mirar el Nevá,
cómo puedes pararte sobre los puentes?

— Anna Ajmátova

No se guarda una foto de su abrazo en el malecón de Rosario con la estampa del río Paraná y los inmensos buques detrás, y, aunque el mismo abrazo se mantuvo desde Buenos Aires hasta Montevideo a lo ancho del río de La Plata, tampoco hubo una cámara que se obturara frente a aquellas aguas. La primera fue una postal de la isla del sol, donde la cabeza de Ella, recostada en su pecho, descansa ya en el nicho sagrado; después habría de ser la estampa del Danubio sobre el puente que une las dos ciudades en Budapest. El Danubio, testigo azul de todas las historias y de los sueños que forjaron ascensos y caídas sucesivas de reinados, imperios, sistemas... todos igualmente fugaces y criminales... Y en el puente Carlos IV sobre el río Moldava, desde la ciudad vieja hasta el barrio Mala Strana, persiguiendo la sombra de Kafka: Él buscándola a Ella en los hologramas de Feliza o de Milena (los amores frustrados del hombre con cara de murciélago).

Después Ella, reuniendo en una misma foto las cuatro inmensas orejas, dos de Él y dos de Kafka,

para que la colección de postales le recuerde que el abrazo del amor no tiene peso,
es tan solo un alivio
rápido
como las aguas del río.

Grabadores

- Ana E Fernández • 91
- Ana Isabel Díez • 15, 83, 115
- Andrey Pimienta • 99
- Ángela María Restrepo G. • 79
- Armando Montoya • 51
- Beatriz Suaza • 135
- Federico Londoño • 127
- Hernando Guerrero • 95
- Jorge Rodríguez • 39, 43
- Juan Guillermo Ordóñez • 119, 123
- Laura Mejía Posada • 75
- Luis Carlos Toro • 35, 47, 131
- Male Correa • 59, 67
- Marta de Bedout • 19, 27, 103
- Mucha Chita • 63, 111
- Paula Pedroza • 87
- Susana Santamaría • 71, 107
- Titi Berrío • 23
- Viviana Pesce • 55
- Yuli Cadavid • 31

Luis Fernando Macías

Narrador, poeta y escritor de obras para niños. Además, se desempeña como profesor de la Universidad de Antioquia, donde dirige el taller de creación literaria. Fue editor de la colección

140 | 141 Palabras rodantes de Comfama y El Metro de Medellín. director de la Revista Universidad de Antioquia y de la editorial de la misma institución, codirector de la revista Poesía y fundador de la Editorial El Propio Bolsillo, la Corporación Ideas y Palabras, y Arlequín Editores. Actualmente codirige la revista virtual Esteros.

Ha publicado los siguientes libros de poemas: *Del barrio, las vecinas* (1987); *Una leve mirada sobre el valle* (1994); *La línea del tiempo* (1997); *Del barrio las vecinas* (1998 – Houston, 2018); *Los cantos de Isabel* (2000); *Memoria del pez* (La Habana, 2002); *Cantar del retorno* (2003); *El jardín del origen* (2009); *Callado canto* (2010); *El libro de las paradojas* (2015) y *Todas las palabras reunidas consiguen el silencio* (Suma selecta) en edición bilingüe (Nueva York, 2017).

Podríamos destacar además *La expresión poética* (2022), un ensayo sobre el aprendizaje, la enseñanza y la creación de la poesía.

También ha publicado libros infantiles, ensayos y textos para la enseñanza de la literatura.



Impreso en papel Mohawk Sarin I 118 g.
Este libro se elaboró en el mes de abril de 2023,
en Taller Talante, Envigado, Antioquia, Colombia.

Para la composición de los textos se usaron
las tipografías Literata TT por Type Together
e IBM Plex Mono por Mike Abbink, IBM BX&D.



En este proyecto, que demoró más de dos años en su preparación, veinte artistas emprenden un viaje capitular en el que visitan los paisajes que propone el poeta, para plasmar en la matriz del grabado un tercer paisaje: el de las formas del arte.

ISBN: 978-958-49-9034-1

Ana E Fernández
Ana Isabel Díez
Andrey Pimienta
Ángela María Restrepo G.
Armando Montoya
Beatriz Suaza
Federico Londoño
Hernando Guerrero
Jorge Rodríguez
Juan Guillermo Ordóñez
Laura Mejía Posada
Luis Carlos Toro
Male Correa
Marta de Bedout
Mucha Chita
Paula Pedroza
Susana Santamaría
Titi Berrío
Viviana Pesce
Yuli Cadavid

